



El León que quería cantar

Descripción

En el corazón de la sabana vivía un león llamado Guim. Era grande y fuerte, con una majestuosa melena que brillaba bajo el sol. Todos los animales lo respetaban porque, como rey de la selva, usaba su poder para protegerlos y mantener la paz. Pero Guim tenía un secreto que nunca había confesado a nadie: su mayor sueño no era rugir como todos los leones... Guim soñaba con cantar.

Desde pequeño, se quedaba fascinado escuchando a los pájaros, que llenaban el aire con sus suaves y alegres melodías. Mientras los otros leones practicaban sus rugidos poderosos, Guim se escondía entre los arbustos e intentaba imitar el canto de las aves. Pero cada vez que lo intentaba, su voz sonaba diferente: era grave y potente, no suave y melodiosa como la de sus amigos plumíferos. Esa diferencia lo hacía sentir inseguro, y pensaba que nunca podría cantar como ellos.

Una tarde, mientras practicaba detrás de un árbol, su amiga Kira, una leoparda rápida e ingeniosa, lo encontró.

—Guim, ¿qué haces aquí todo solo? —preguntó con curiosidad.

Guim, al principio, se sintió avergonzado, pero luego respiró hondo y le confesó su secreto.

—Me gustaría cantar, Kira, pero mi voz es demasiado fuerte... Los demás animales se reirían de mí.



Kira lo miró con comprensión y le dedicó una sonrisa cálida.

—Pero Guim, tu voz es única. No tienes que sonar como los pájaros para cantar. Puedes hacerlo a tu manera, con tu propia voz.

Esa noche, animado por las palabras de su amiga, Guim tomó una decisión valiente: intentaría cantar delante de todos. Cuando la luna iluminaba la sabana con su luz plateada, se colocó en medio del prado y, con el corazón latiendo fuerte, comenzó a cantar con toda su voz.

Su canción no era suave como la de los pájaros, pero era profunda y poderosa, llena de emoción. Su voz retumbaba como el eco de un tambor y acariciaba la sabana con una energía única. Poco a poco, los animales dejaron lo que estaban haciendo para escucharlo. Los elefantes comenzaron a balancear sus trompas, las cebras movieron sus colas al ritmo, y hasta los pájaros se unieron con sus propias melodías.

En ese momento, Guim comprendió que no necesitaba cambiar su voz para cumplir su sueño. Su voz era suya, única, y era perfecta tal como era.

Desde entonces, Guim cantó con orgullo cada noche, llenando la sabana con sus canciones y recordando a todos que no importa cómo somos, lo importante es ser fieles a nosotros mismos y creer en nuestro propio valor. Su canto no solo lo hizo feliz, sino que inspiró a todos los animales de la sabana a seguir sus propios sueños, sin miedo a ser diferentes.